

DOMINGO XXIII DURANTE EL AÑO (C)
Homilía del P. Carles Gri, monje de Montserrat
9 de septiembre de 2007
Lc 14,25-33

Queridos hermanos, queridas hermanas: hoy, la Palabra de Dios nos pide reflexión. Una reflexión que no se tiene que basar principalmente en nuestra inteligencia, sino en la luz que viene de la sabiduría de Dios. Esta reflexión nos tiene que llevar a una audición profunda de la llamada de Jesús. Éste nos propone un seguimiento de su persona, que nos tiene que conducir, en último término, a nuestra realización plena y definitiva en el encuentro y en la comunión con el Dios viviente y transformante.

Este encuentro y esta comunión solamente pueden ser llevados a cabo en un horizonte de totalidad. Efectivamente, el amor genuino exige un aceptar y un darse con integridad. Amar es entonces entregarse al otro a corazón abierto, dársele sin reservas, ni condiciones malévolas o interesadas. Dicho con las palabras claras y expresivas de Teresa de Lisieux: *amar es darlo todo y darse a sí mismo*. Es evidente: el que ama bajo la sombra envenenada de la reserva tacaña de la tibieza, de la provisionalidad, no ama con el amor benevolente y gratuito que Dios nos tiene. Practica un amor fraudulento, incapaz de ser aceptado por el Dios que se nos ha entregado hasta la Cruz. No es posible que en la mesa del amor divino corra esta moneda falsa. Es indigno de Dios, es indigno de Jesús y también es indigno del mismo hombre, imagen y semblanza de su Creador, definido precisamente como el amor por antonomasia.

Por eso, en el evangelio de hoy, Jesús nos pide que reflexionemos con lucidez y con sinceridad sobre la Alianza de amor y de amistad que Dios nos ofrece. Ésta, como todas las cosas nobles y serias, nos compromete a fondo. No es una vía fácil, sin embargo, es jubilosamente practicable con la ayuda indefectible y eficaz del Señor. Además, y eso es decisivo, ella es el único sendero para alcanzar la felicidad, porque nos libera de la idolatría vacía y falaz, para introducirnos en el luminoso y acogedor valle del Reino de Dios. Esta aserción capital es autenticada por el testimonio vigoroso e irrefutable de la biografía concreta de la Virgen y de los Santos, iconos resplandecientes del hombre nuevo y testigos fidedignos que el Evangelio engendra la vida plena, jubilosa y feliz.